FUERA DE LAS AULAS

*Regina Pieck**

La mayoría de los profesores piensan que para ser respetados por sus alumnos deben presentar siempre un semblante serio, ser grandilocuentes, citar muchos libros y, sobre todo, que deben guardar cierta distancia de sus alumnos, que no se deben involucrar con ellos. De manera similar a la de los psicólogos, la mayoría de los profesores creen que no deben compartir detalles de su vida personal dentro de las aulas y, peor aún, que la relación con ellos debe estar circunscrita al perímetro del salón de clases.

No sé quién les habrá dado esa idea, pero no podrían estar más equivocados. Yo nunca he aprendido tanto como de aquellos profesores con los que he formado una estrecha relación fuera de las aulas. Fuera de las aulas compartí a Julián Meza mi gran interés —y, al mismo tiempo, pánico— por la escritura. Así, me empujó a escribir un pequeño cuento que me ayudó a publicar más adelante, enfrentándome al miedo de que ahora lo escrito no queda solamente en piedra para siempre, sino también en Internet. Fuera de las aulas —y, más bien, en restaurantes— con otros que también fueron sus estudiantes y con unas copas de vino, aún continúa sutilmente presionándome para que vuelva a escribir. Y esas maravillosas conversaciones con él, con su debida dosis de sarcasmo y humor negro, no dejan de inspirarme.

Esa sonrisa burlona me recuerda no tomarme la vida demasiado en serio, darle más importancia a una buena conversación que a una

*Abogada por el ITAM.

ALUMNOS

calificación o a la opinión de gente sin razón y reírme de mis propias tragedias. Julián, con su actitud crítica y su pasión por la vida, se prueba más efectivo que cualquier frase trillada que la gente repite sin cesar, intentando convencerse de cosas en las que realmente no cree, como que dios cierra puertas y abre ventanas o que hay “algunos” desconocidos que son la razón de ser de las cosas —a los cuales simples mortales no tenemos acceso. Definitivamente no hay mejor solución que unas buenas carcajadas y unas copas de vino con un buen amigo.

Muchas de mis compañeras de la escuela —religiosa, claro está— se asombrarían y persignarían cien veces si platicaran con Julián. Probablemente se sentirían insultadas por sus puntos de vista, pero, sin duda, él se divertiría debatiendo con ellas, riendo por dentro a carcajadas al ver sus caras de impresión tras escuchar sus afirmaciones. Y precisamente eso, para mí, hace deliciosa la convivencia con Julián. Con pocas personas se puede conversar sin censuras. Con él la libertad es plena.

Y esa libertad de espíritu y esa apertura también le permitió a él encontrar una amiga en una alumna unas cuantas décadas más joven que él. Julián carece de la soberbia del hombre “sabio” que no ve valor en los pensamientos de los jóvenes con menos experiencia y más impulsos, que se precipitan a conclusiones sin pensar y que cambian de opinión con frecuencia. Por el contrario, disfruta de escuchar nuestros planes y nuestras ideas y de dar más cuerda a nuestras locuras.

Además de aprender historia de México, problemas de la realidad contemporánea y literatura universal, Julián me ha enseñado mucho sobre la vida: me ha enseñado a pensar, a criticar, a reflexionar, a disfrutar y me ha obligado a escribir. Definitivamente, lo más valioso que le he aprendido solamente se pudo haber logrado fuera de las aulas, en esas deliciosas cenas en las que el plato principal ha sido una buena conversación.

Incluso una vez, en una de las temporadas que Julián pasa en París cada cierto tiempo —en ese tren sin escalas que lo conduce del D.F. a París—, pasé por ahí unos días y le llamé. Me llevó a cenar a un restaurante sudafricano que de otra manera jamás hubiera conocido y, otro día, me llevó a comprar libros en francés a una tienda de la editorial Gallimard —sueño de cualquier estudiante ir a comprar libros con su profesor de literatura— y después nos tomamos una copa de vino blanco en Les Deux

Magots, en Saint German des Prés, donde se reunían Sartre y Simone de Beauvoir. Un poco surreal, pero fascinante.

Haciendo un recuento, durante los años que estudié la licenciatura tuve profesores muy distintos y experiencias muy diversas con cada uno de ellos. Algunos profesores eran exigentes, otros bastante relajados; algunos aburridos, otros interesantes; algunos muy preparados, otros... no tanto; algunos con una fuerte vocación para la enseñanza y otros que se habían detenido en el salón de clases por error. Hay profesores que quedan permanentemente grabados en nuestros recuerdos y otros que no vale la pena que ocupen espacio en nuestra memoria. Pero, lo que definitivamente es excepcional, es formar una verdadera relación de amistad entre un alumno y un profesor fuera de las aulas.

Julián es de esos profesores excepcionales y tengo el gusto de que hoy forme parte de mi vida. Nunca pensé que iba a tener un amigo como él. Y sé que ha sido así también para otros estudiantes y amigos que, como yo, pasaron por ese salón de clases y supieron ver en Julián más que un profesor: encontraron en él a un mentor y a un amigo.

ENCUENTRO DE DISCIPLINAS

*Ricardo Reyes Heroles C.**

Probablemente no es la manera ortodoxa de empezar un texto, pero me gustaría comenzar con una pregunta: ¿qué tiene en la mente un estudiante del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) antes de comenzar su última clase obligatoria del Departamento de Estudios Generales? Para algunos, probablemente es la idea de que por fin llega su última clase de esta tortuosa serie de materias; para otros, es una tristeza dada su grata experiencia y gusto

* Egresado de Economía y Matemáticas, ITAM.